

La Voz de Guipúzcoa

AÑO VII.

Diario Republicano.

NÚM. 2.376

Precios de suscripción.

SAN SEBASTIÁN: tres meses 4 pesetas.—PROVINCIAS, tres meses, 4,50 pesetas.—EXTRANJERO: un año, 25 pesetas.—ULTRAMAR: un año, 30 pesetas.
Las suscripciones hechas por conducto de los correspondientes, tienen un aumento de 10 por 100.
Número suelto, 5 céntimos.—Número atrasado, 10 céntimos.
No se devuelven los originales.

La Voz de Guipúzcoa
es el periódico de mayor circulación
de esta provincia.

Servicio telegráfico especial

La Voz de Guipúzcoa

Octetización de la bolsa de Madrid 27 de Octubre 1891

4 por 100 interior	74,30
4 por 100 exterior	75,05
1 por 100 amortiguable	87,20
Obligaciones del Tesoro	101,50
Billetes hipotecarios de Cuba 1890	104,40
Billetes hipotecarios de Cuba 1890	97,40
Acciones del Banco de España	337,00
Acciones de la Compañía de tabacos	12,90
París cheques	12,15
París 5 días vista	28,25
Londres cheque	60,00

Buenos-Aires, dia 28, oro 447.

La triple alianza

No hay pacto alguno con la triple alianza. Lo dice el órgano de los integrantes de Alfonso XIII. Bien; ya lo sabíamos. Pero lo afirma de nuevo sin temor á ser rectificado. No hay, pues, compromiso alguno. Amén.

Pero se creen en el caso de recordarnos los adoradores de Cánovas que cuando el rey difunto fué á Alemania, estando en el poder los liberales, el monárquico se opuso juzgando inopportuno el viaje en aquel tiempo en que la triple alianza estaba en gestación. Y que cuando en París se silbó á España y á D. Alfonso (no tanto; su silbo al segundo), los republicanos no hicieron la menor protesta. Y que luego gritamos ¡á Berlín! ¡á Berlín! cuando los sucesos de las Carolinas.

Una rectificación y continuaremos.

Cuando D. Alfonso fué silbado en París hubo periódicos republicanos que hicieron causa común con las masas excitadas y catalogizadas. Y hubo periódicos republicanos, como *El Globo* que sostuvieron valientemente la sensata campaña de la razón y el desapasionamiento, no para aprobar la conducta de los que silbaron, que á los que silbaban á un rey como á un cómico, como al más humilde prójimo, no los defendieron nadie, sino para hacer ver que el populacho de París no era Francia y que España no era el coronel de hulanos que con presentarse como tal podía excitar las antipatías de un pueblo anti-alemán por sus cuatro costados.

Cuando Alemania atropelló nuestra bandera en las islas Filipinas, la opinión se excitó; hubo quienes pensaron con frialdad, pero dijeron de barato que todos, ofendidos y arrebatados por el agravio inferior á lo que simboliza á la patria (que debe estar para monárquicos y republicanos por encima de las instituciones) gritamos ¡á Berlín! ¡á Berlín!

Y bien; resultó que nos quedamos en casa. Que es lo que recientemente hemos recordado y lo que deseáramos evitar para que no se nos confundiera con el pueblo que profería igual grito cuando la *Nana de Zola* espiraba, corrompida y putrefacta.

Y se evita eso no atolondrándose á la opinión; no predicándose que si Francia no admite nuestros productos nos pulveriza el honor nacional y debemos emprender una política de represalias que nos lleve á la guerra.

Continuemos. Opinan los ultraconservadores que Cánovas fué el salvador de la patria entonces; que él solucionó los conflictos y que nosotros los republicanos nos quedamos aborriendo á Alemania y dedicando todos nuestros caríos á Francia, por el hecho de ser republicana.

¡Error más grande! De la misma manera podríamos argumentar nosotros que los monárquicos detestan á Francia por ser republicana y adoran en la triple alianza porque las naciones aliadas son monárquicas.

¡Error crásimo! No conviene todo el mundo en que es poco menos, ó sin menos, la ruina de nuestra industria vinícola la decisión de Francia de imposibilitar nuestra exportación? Sí. Luego basta aquí Francia ha favorecido á nuestras vinos, la ha dado la vida, la prosperidad. Pues abriéndole los desgraciados ultrconservadores como en nuestro cariño predilecto á Francia entra en gran parte un agraciamiento justificado que ellos, por lo visto, no sienten.

Francia republicana ó Francia monárquica será siempre nuestro pueblo hermano. Podremos reñir como se ríe en el seno de las familias por cuestión de intereses; pero el cariño queda en pie.

Quién hay que sepa vencer la influencia halagadora de los vínculos de la sangre? Quién hay que no siente simpatías por los pueblos franceses, portugués es italiano, hermanos nuestros por la raza?

El populacho francés un día silba á un español. El hecho es más ó menos disculpable. Pe-

San Sebastián. — Miércoles 28 de Octubre de 1891.

Redacción y Administración

Calle de Echaide, número 6, bajo.

Teléfono número 24.

Precios de inserción.

En cuarta plana, 10 céntimos la línea.—En tercera plana, anuncios preferentes (RECLAMOS), 20 céntimos la línea.—Gacetillas, 50 céntimos.—Anuncios en la primera plana, 1 peseta la línea.

REBAJAS PROPORCIONALES AL NÚMERO DE INSERCTORES.
COMUNICADOS á precio convencional, de 1 a 25 pesos líneos.
Recibe anuncios en París M. A. LORETTE, rue Cambrin 61, uno de nuestros correspondientes.

ro concedamos que no tiene disculpa. No es Francia la que silba. Francia es la que dà nobles y sinceras explicaciones.

Alemania atropelló un día nuestro pabellón, y sostiene la lejitimidad del atropello y defiende su pretendido derecho.

¿Cómo no hemos de simpatizar más con los franceses que con los alemanes?

Si otras razones de patriotismo y de conveniencia á nuestros intereses no aconsejan el rechazar la triple alianza, las de sangre, aparte de otras muchas comerciales y aún políticas, nos lo aconsejarían.

Que Cánovas no ha entrado en tratos con nadie...? Ha hecho bien. ¡Ay da él si lo hiciera! ¡ay de la monarquía! ¡ay de nuestra patria!

NO HAY CONTRADICCIÓN

El domingo, comentando un artículo de *La Unión Vascongada*, un telegrama del mismo periódico y una entrevista ó cosa así de un personaje político, decíamos que nos convenía quitar el pistón, no matar más á Francia y huir de la triple alianza como de la peste.

El lunes decíamos que si Francia nos hacía daño comercialmente creyendo defender sus intereses debemos hacer daño comercialmente defendiendo los nuestros y no yendo á allá a comprar nada.

Y el martes ¡dá acaigo! dice *La Unión* que nos contradecían y que lo que los combatímos al colega un día como malo lo defendemos como bueno al siguiente.

Nada de eso. Ni asomo de contradicción. Se guimos en nuestros trece. Creyendo que el que aconseja ó aplauda una política de inclinación hacia la triple alianza aconseja ó aplauda una política funesta, suicida, infame.

Y creemos esto porque lo creemos; porque ni España puede meterse en aventuras guerreras, ni cometerse conjuraría los males que nos amenazan ni en ningún caso debemos empeñarnos con Francia á la que hasta por lazos de raza estamos unidos.

Y decímos esto porque los ultraconservadores del cuño de *La Unión* se muestran excesivamente benevolentes para la triple alianza y hostiles para Francia, como lo demuestran esas manifestaciones de conspicuos políticos de la situación de que si nuestra adhesión á la triple alianza no es un hecho hasta la fecha puede serlo si Francia no desiste de sus exageraciones proteccionistas; y como lo demuestran, en fin, estas palabras de nuestro colega:

«Ante las ofensas inferidas por quien de nosotros no ha recibido motivo ni pretexto para ellas, debemos detenernos un poco y meditar acerca de si el honor de la patria, los intereses sagrados de la España, la legitimidad de la defensa proporcionada al ataque, ó superior si es preciso, merecen un sacrificio, reclaman la unión íntima de los partidos y exigen elcurso eficaz de todos.

«Lo que en estos críticos momentos nos incumbe es discutir muy friamente, pero con firmeza, respecto si será preciso adoptar una política vigorosa de represalias con todas las consecuencias que puedan sobrevenir.

«Y puesto ya en este terreno, no creemos haya nadie tan apgado á las pasiones de partido que vaya á sacrificar el prestigio de la patria ante el altar de la política estrecha y mezquina».

No queremos interpretar lo que copiado dejamos. Sería ofender en su ilustración á nuestros lectores.

Pero digámonos si quien así se expresa es como nosotras adversario de toda política guerrera, de toda amenaza ridícula e infructuosa, es, en fin, amigo de la política de paz y amistad con la república francesa.

Porque, lo repetiremos para concluir, al cerrar la nación vecina sus puertas á nuestros vinos, no es que queramos y busquemos adrede la enemistad con España, no es que lastime el honor de nuestra patria—qué tiene que ver el honor con la exportación de los vinos!—no es, en una palabra, que nos provoque, nos desprecie ó nos insulte. Es que crea defender sus intereses, equivocadamente tal vez ó acertadamente, pero sin ánimo de ofender á nadie.

Y nosotros, que, creyendo interpretar los sentimientos de la mayoría del país, rechazamos en absoluto á la triple alianza que no ha de beberse los vinos españoles, ni rebajar los arribios ni hacer más que comprometernos y arruinarnos, decimos: hagámonos con Francia lo que Francia hace con nosotros. Sin amenazas, sin bravuconerías, sin dejar de ser sus amigos íntimos y queridos. Porque.....

«una cosa es la amistad y el negocio es otra cosa».

ARTISTAS GUIPUZCOANOS.

(Instantáneas).

XVIII

Nuestros oradores.—El P. Vinuesa. José Vinuesa, que así es su nombre, nació en San Sebastián, donde aún conserva muy buenos amigos que le admiraron y le respetan.

Aquí hizo sus primeros estudios teniendo

por maestros al insigne Manterola y á D. Esteban Gomendio, que le enseñaron, aquél latín y éste matemáticas.

Completó sus estudios en Vitoria y Valladolid, donde se licenció en derecho canónico alcanzando brillantes notas.

Sus ideas y sus vocaciones la llevaron hacia Loyola ingresando en la orden de San Ignacio para más fortalecer, sin duda, el juicio muy generalizado y nada erróneo de que el jesuitismo tiene la suerte de arrancar con lo mejor entre lo que dan de sí los seminarios.

No fué mala adquisición. El P. Vinuesa es indudablemente uno de los jesuitas que más valen.

Tiene fama de predicador notable, no ya por su buen decir, de cuyo arte es maestro, sino por su ilustración y enviables talentos.

Posee una inteligencia clarísima y como condición un patrimonio de profunda erudición digna de envidia.

En ciencias eclesiásticas y filosóficas, como en las naturales y en las históricas es todo una autoridad.

Y por si fuera poco posee vastos conocimientos filológicos.

Pónganse todas estas condiciones en un hombre de fácil, espontánea y natural palabra, y se tendrá un orador completo; se tendrá á un P. Vinuesa á quien la fama ha proclamado ya como paladín de talla de los intereses religiosos.

Interpretando y explicando textos bíblicos; analizando doctrinas para las cuales su penitente juicio es el escáldo que practica una operación anatómica; escudriñando la historia, elevándose al empirismo de la metafísica, es siempre el hombre razonador que argumenta con lógica inflexible y severa y energética concisión, empleando elegantes formas, tan resueltas con el artificio como su criterio con las ideas modernas.

Y como había escrito; el castellano lo es tan familiar como lo puede ser el latín y el vasco. Afuya la palabra á sus labios, vista con ella su pensamiento y sin aparatos lujos que si destumbar pocas veces convencen dice lo que quiere decir llegando hasta donde quiere llegar, realizando la intención ó expidiendo la sencillez en forma inmaculada que por su sencillez cautiva.

Para matizar la frase se encarga el propio calor de sus convicciones. La suavidad y la armonía unas veces, como la energía y la concisión otras, no son resortes artificiales á los que recurre como el pianista al pedal premeditadamente. Su expresión es naturalísima como emanada de su modo de sentir.

En su trato particular es franco, cariñoso, expansivo, alegre. No creemos que sea condición exclusiva de jesuita....

Vive consagrado al estudio y al púlpito. Es uno de los hombres más ilustres de este suelo. Vale mucho.

Pero es jesuita....

EL ABRAZO

«Que quiero veros abrazados» decía el vicario a Ramoncho y José Joaquín cuando, chiquillos y todo, no tenían un día de paz y si no salían de la escuela dábamos mojicones andando á pedrada limpia.

«Que quiero que os abracéis como dos buenos amigos les dijó muchas veces, cuando, ya mojolletes, por un quitame allá esas pajas se sacudían las espaldas con buenos palos de fresno en mitad de la plaza.

«Que no he de parar hasta veros abrazados» les dijo por último el bueno del cura un día en que las barcas de los dos mozos se embistieron en ocasión de marejada como si las embarcaciones estuviesen contagiadas de los rencorosos sentimientos que á sus respectivos dueños dominaban.

Porque Ramoncho y José Joaquín, como si fuesen obra cada cual de la maldita fatalidad, empezaron á detestarse de pequeños con toda la fuerza de la inoportunidad y siguieron odiadándose con todo el poder de la adolescencia.

Ni ellos mismos sabían por qué. No eran malos, su fondo era bueno; sencillotes, de corazón, mansos para con los demás. Eran malos únicamente para aborrecerse. Dos caracteres que en vez de entenderse, enlazarse y adaptarse se habían chocado. Como á veces las nubes que se agrupan y se confunden bajo el azul firmamento formando figuras ideales, chocan y estallan en furiosas descargas de electricidad.

Por eso, porque el cura comprendió que aquellas dos almas por un acaso inconsiente habían chocado, quería encarrillarlas y abrazarlas como Dios y la sana moral ordenan.

Pero cosa que hace la fatalidad rara vez deshace el buen deseo y debía estar escrito que aquello se acabase en tragedia.

Hombres los dos siguieron mutua y cordialmente odidiéndose.

Escuchaban con respeto las exhortaciones del vicario, pero nunca pudo decirse mejor de un cura que predicaba en desierto.

Y como todo se encontraba en los dos chicos para repelerse y avivar la hoguera, se encontraron también sus gustos. Pusieron ambos sus miradas en María, hermosa chica del lugar;

miradas que al fijarse reflejaban cariño y al separarse relampagueaban odio mortal.

Que á alguno de los dos hubiera preferido la inmuchacha, cosa es que puede samente pensarla; que, al cabo, hija de Eva era ella con todas las debilidades del sexo y no eran los muchachos pedazos de castaño que no hiciesen sentir.

Pero también es lo cierto que, ó porque no quisiese provocar el choque entre aquellos caracteres de tempestad, ó porque prefiriendo al uno quisiera librarse de la venganza del otro, enmudecía y ocultaba sus miradas por si la hacían triste, cubriendo la mujer de fuego y sentimientos con la máscara de la fría indiferencia.

Pero no hay buenas intenciones cuando la interpretación es mala, y cada cual echó la culpa al otro de la impasibilidad de la muchacha.

Era preciso acabar. Los dos lo reconocieron. Acabar de una vez. Convenido quedó en la tarde de que por excepción se hablaran sin acarrear golpe seco.

Hasta entonces pudieron vivir felices odiándose. Desde entonces, no; porque la culpa consistía en conquistar un cariño que los dos disputaban, y para la conquista sobraba uno de los combatientes.

Saltaron á una lancha, empujaron los remos y fué mar adentro, surcando las olas con una velocidad pasmosa, como si dentro del agua fuese el diablo empujando la barca con todas sus fuerzas.

En alta mar, donde la tierra ofrecía su silueta igual á una suave linea violácea casi desvanecida en el claro azul del cielo, alzaron los remos se pusieron de pie, se miraron de frentes y se sourrieron.

Sorrisa satánica nacida del fondo del corazón. Porque también el diablo sonríe.

Después se acometieron, bravos, impetuosos, como dos fieras en el desierto. Hubo un instante de terrible silencio durante el cual sólo se oyeron resoplidos roncos, trámites de fiebre, mientras el agua balbaba á aquellos dos cuerpos empapados y pegados por la fuerza avasalladora de sus pasiones.

Firmes, derechos, abrazados, escalaron un momento, y enseguida ayudados por la saudade de una ola cayeron, como vertidos por la lancha al agua.

Ramoncho, al caer echó un brazo á la proa del barco, y haciendo un supremo esfuerzo ganó la fragil embarcación, quedando montado en una banda con una pierna colgando fuera y la otra dentro. José Joaquín salió un segundo después á bordo, y con ambas manos se agarro á la pectora de su adversario. Los dedos de sus manos hicieron presa como si fueran garfios de acero. Ramoncho con la izquierda se agarro á una de las costillas de la barca, y con la derecha empujaba á su enemigo queriendo hundirle. En esta operación terrible tuvo que doblarse, inclinarse para imprimir más violencia á su esfuerzo. La mano derecha del otro saltó instantáneamente de la pierna á la boca agarrándose á la mandíbula inferior interiormente. Una dentellada de punta destrozó los dientes de José, pero como si fuesen de hierro no soltaron su presa. Un tiro último y titánico venció, y los dos cuerpos abrazados se hundieron en el abismo mientras un golpe de mar echó á buena distancia la barca.

El pueblo se alarmó al observar por la noche la ausencia de los dos mozos.

Algunos días después la marea arrojó á las playas los cuerpos de Ramoncho y José Joaquín, unidos, fundidos en terrible abrazo.

Sin duda para que el vicario al verlos digiese, como dijo: ¡No decía yo que, al fin, había de verlos abrazados!

AÉMCE.

NUESTRAS CARTAS

Desde Oriente

Sr. Director de *La Voz de Guipúzcoa*.
Mucho señor mío: Tiempo hace que no he tenido el gusto de escribirle á usted, pues nada nuevo tenía que participarle, pero un acontecimiento, y digo bien, un verdadero acontecimiento, en el que me obliga hoy á hacerlo; la boda de D. Juan Garay, hijo del conocido industrial D. Cornelio Garay, con la señorita doña Nemesis Mendiola. Nada de particular tiene una boda; dos corazones que se unen para ser felices, cosa es que se ve todos los días; pero la que hoy nos ocupa ha sido algo más, ha sido una manifestación de simpatía hacia los recién casados y una manifestación grande y espontánea de cariño por parte de los obreros á su principal y jefe D. Cornelio Garay. La espontaneidad de la boda ha sido notable; el entusiasmo de los invitados indescriptible.

La boda se celebró el 24, pero el domingo anterior dieron principio las fiestas. En el espacio del salón del Casino se colocó una gran mesa para 40 cubiertos para celebrar la cena de despedida de la boda de soltero, que don Juan Garay daba á sus amigos.

El sábado fué el día señalado para la boda; á las seis de la mañana los operarios de la fábrica que iban al trabajo, pasaban por frente de las casas del novio y de la novia viéndolelos y disparando multitud de cohetes.